ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

LA SEÑORITA MARIPOSA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

LA SEÑORITA
:: MARIPOSA ::

LA SEÑORITA MARIPOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

original de

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Estrenada en el TEATRO LARA el día 19 de enero de 1918



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1919

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARY (16 años).........	SRTA.	M. PÉREZ DE VARGAS.
MICAELA (40 íd. Ama seca)		LEOCADIA ALBA.
SUSANA (37 íd. Madre de Mary).................		SÁNCHEZ ARIÑO.
LUCÍA..................		TEJERO.
RUFINA (25 años. Cocinera)		ILLESCAS.
DORA (17 íd.)............		DÍAZ.
LOLI (16 íd.)............		MÉNDEZ.
TOTÓ (15 íd.)............		FERNÁN RUBIO
D. JORGE (45 íd. Padre de)	SR.	THUILLIER.
RODOLFO (18 íd.).......		PEÑA.
RAFAEL (22 íd. Chauffeur).		MIHURA.
RICARDO (30 íd. Mozo de comedor).............		PACHECO.
LORENZO (45 íd.)........		FUENTES
JUAN (4 íd.)...........		GÓMEZ.
EL GENERAL...........		ORTEGA.
EL MARQUÉS...........		RUBIO.

Invitados

La acción de los dos primeros actos en Madrid, primavera. La del tercero en una casa de campo de Castilla, verano.

Para esta obra puso una lujosísima y detallada cocina de lujo la Casa Marín, y pintó decorado Amorós.

NOTA.—Se ruega muy encarecidamente a los directores, que no hagan ningún corte ni modificación en el diálogo.

ACTO PRIMERO

Cocina de una gran casa. Una puerta en el foro, que da a un pasillo. Otra en la izquierda que comunica con el antecomedor. En la derecha el fogón, que está encendido y ocupado por varias ollas y peroles humeantes. En el centro de la escena mesa grande con tablero de mármol. Distribuído convenientemente un calienta platos, un estante con vajilla, un fregadero, un armario frigorífico, una heladora, etc., etc. Las paredes serán de azulejos y en ellas no habrá colgado más que un reloj de cocina.

Es de noche.

—

(RUFINA cuida de los guisos. RAFAEL, con traje de chauffeur, recargado de cordones y botones, retrepado en una silla apoyada contra la pared, lee un periódico. MICAELA, de negro, con cofia, dormita.)

RUF. Oye, Rafael: dile a Ricardo que se traiga del comedor una copa de jerez para el consomé.

RAFAEL (Sin moverse.) Voy.

RUF. Anda, hombre, que van a pedir la comida de un momento a otro.

RAFAEL ¡Micaela! .. ¡Micaela!

MIC. (Despertando a medias.) Voy, señorita.

RAFAEL ¡Anda diez, duerme más que un cochero!

MIC. ¡Eh, cuidadito! Un poco más de respeto para los mayores. Yo no me duermo.

RAFAEL Pues lo finge usté muy bien.

MIC. Bueno, ¿qué quieres?

RAFAEL Que se traiga usté del comedor una copa de jerez para el consomé.

MIC. ¿Y por qué no vas tú?

RAFAEL Porque estoy con el mitin de Lerroux y no

es cosa de dejàr al jefe con la palabra en la boca.

MIC. (Yéndose por la izquierda.) No tienen orgullo que digamos los *chuferes* de hoy en día. ¡Diferencia con los cocheros de mis tiempos!

RUF. Me parece que Micaela tiene ya lo suyo.

RAFAEL Y lo mío. Aunque no salga ni atarace nada por el comedor, como se bebe mi vino y el suyo en todas las comidas...

RUF. Oye, ¿y por qué no bebes tú?

RAFAEL Porque soy astemio.

RUF. Yo creí que eras socialista.

RAFAEL ¡De sainete! Parece mentira que teniendo esa olla por cabeza seas una eminencia culinaria.

MIC. Aquí está el vino.

RUF. Pero, ¿no le ha dao a usté ese miserable la copa llena?

MIC. Es que me he tenido que beber la mitá para que no se me vertiera. Ya sabes qué pulso tengo.

RUF. ¡Ay, qué gracia! ¿Y qué echo yo ahora?

MIC. Mujer, aún hay media copa, y es de las de agua. (Rufina se bebe el vino.) ¡Y se lo bebe como agua! ¡También tú eres desahogada!

RUF. Es que una que está junto al fogón to el día necesita beber pa no consumirse. Me lo tenía dicho el cocinero que me enseñó. Vamos, vaya usté a pedir otra copa a Ricardo.

MIC. Ya se la he pedido, y me ha contestado en francés u otro idioma que no entiendo.

RAFAEL ¿Qué la ha dicho a usté?

MIC. Que la tercera, *nanay*.

RUF. ¿Cómo la tercera?

MIC. Sí, porque la segunda es esa. La primera tenía un poco de lacre en el fondo y por no meter los dedos, porque yo soy, pero que muy relimpia, me la tuve que beber.

RAFAEL ¡De sainete!

RUF. Echaré vino blanco. ¿Dónde está la botella?

MIC. La botella está en la despensa... Pero el vino ya sabes que se agria con el calor.

RUF. Cuando lleva tiempo, pero ese se trajo ayer mañana.

MIC. Es que yo no he querido dar tiempo a que se fuese a avinagrar. Hay que mirar por la casa y no desperdiciar el dinero.

RAFAEL ¡Gachó con la Micaela lo que sopla! ¡Hay que fastidiarse!

MIC. Yo hago lo que me da la gana; que pa eso soy el ama seca.

RAFAEL ¡Usté qué va a ser seca!

RUF. Vaya usté rellenando los pastelillos para meterlos en el horno.

RAFAEL Oye, tú: ¿de qué son los pastelillos?

RUF. De las albóndigas que no quisísteis vosotros ayer. He hecho un picadillo, añadiendo escarola, huevo, aceitunas y piñones, y están riquísimos.

RAFAEL Bueno, pues para los señoritos. A mí picadillos, no. Las cosas tengo yo que verlas y partirlas. Estoy muy escamao de las cocineras de casa grande.

RUF. Es que os estais poniendo de exigentes que no sé qué voy a daros. Sois más descontentadizos que los señores.

RAFAEL Es claro, como que ellos no ven las cosas. ¡Mira tú si supieran que los pastelillos están rellenos con las albóndigas que ayer no quiso la servidumbre porque estaban hechas con los desperdicios del pollo y la ternera que habían sobrao el lunes!... Vamos, anda, que pa comer bazofia comería en mi casa.

RUF. Es que si una cocinera no sabe aprovechar las cosas y disfrazarlas, no sé qué va a saber.

RAFAEL Es que tú aprovechas demasiao y con el disfrazao de las cosas nos das unos bromazos que ni en Carnaval. A ti te he tañao yo. ¿Qué es el plato de carne?

RUF. Para los señores vaca a la moda, pero si no sobra...

BAFAEL ¿Vaca a la moda? ¿De esa que se le echa coñá en la salsa?

RUF. Sí, pero no se canse usté, que ya lleva cinco horas cociendo en el horno.

MIC. De todos modos, voy a pedirle a Ricardo una copa por si hiciese falta. (Mutis por la izquierda.)

MARY (Entra corriendo por el foro. Es una linda muchacha de diez y seis años. Viste delantal de satén azul o negro, ribeteado con trencilla blanca o encarnada y un lazo rojo en la cintura. Mary lleva este traje de colegiala con coquetería de mujercita.) ¡Hola, esclavos! (Azotando las caderas de Rufina.) Cada vez que

vengo te encuentro con cuatro o cinco kilos más. ¡Vas camino de ser una gran cocinera!

RUF. ¿Qué tien que ver las carnes con eso?

MARY Muchísimo. Tal vez todo. Cuando yo estaba externa en el colegio de las Teresitas, aquellas hermanas tan buenas y que enseñaban tan bien, pero de donde me sacó mamá porque eran españolas y no tenían coche para repartir, todas las mañanas me llevaba Mica al colegio en el tranvía. Era la hora en que viajaban las grandes cocineras del barrio y yo pude hacer muchas observaciones oyéndolas hablar. ¡Oh, las mamás que pretendan educar a sus hijas para mujeres de su casa, debieran establecer como curso complementario a sus estudios un año de viaje de prácticas en los tranvías a la hora del mercado. ¿De qué te hablaba? De la obesidad de las cocineras en relación con sus méritos. Perdona, hija, en cuanto estoy dos días en casa, lejos de mis amigas, se me almacenan las palabras y las ideas de tal modo en las horas de silencio, que cuando rompo a hablar me pasa lo que a las bocas de riego. Otra vez se me ha ido el hilo de la conversación. Voy, voy derecha a las carnes. En dos años de viaje en el tranvía no vi ni una sola cocinera flaca que tuviese buen sueldo ni una gran sisa. Las delgadas, por lo que pude observar, eran principiantas o fracasadas.

RUF. ¡Qué cosas tiene la señorita!

MARY Te he dicho que cuando yo entro en vuestros dominios no soy la señorita. Soy la amiga, y se me llama Mary a secas y no se deja de murmurar de mamá porque yo esté delante. Hola, Rafael. ¿Sigues con tus periodicuchos socialistas y radicales? Mal camino. Nunca llegarás a chauffeur de ministerio ni de millonario. El perfecto mecánico no debe pensar en beberse la sangre del burgués, sino en beberse su gasolina. Es el camino de llegar a ser alguna vez burgués, que es el sueño oculto de todo radical.

RAFAEL ¡Chóquela usté, señorita! Y perdone la confianza, pero ha estado usté pero que muy buena. Cuando la señorita se pone así hay que diñarla.

MARY Ya has oído que me molesta oirme llamar

señorita. Soy vuestra amiga. Es más, vuestra aliada contra el enemigo común.

RAFAEL Como la otra tarde...

MARY ¡Ah, sí! Te obligué a retirar el tuteo y a guardarme respeto porque quería engañar a mamá y que me condujeses a casa de mis primas en vez de llevarme directamente al colegio. Cuando una mujer necesita la ayuda de un criado nunca debe darle confianzas, porque el criado se convertiría en cómplice. Lo he leído en una novela francesa.

MIC. Pero, ¿estás aquí? ¿No sabes que mamá te tiene prohibido salir de tus habitaciones?

MARY También te tiene a ti mandado que me acompañes.

MIC. Pero como te pasas la vida leyendo me he venido aquí para no dormirme.

MARY ¿Para no dormirte, marmota; cuando para ti el día es un sueño? A ver: échame el aliento.

MIC. Bueno, bueno. Déjame en paz y vete de la cocina.

MARY ¡No quiero, ea! ¿Y Lucía?

RUF. Debe estar en el tocador con la señora.

MARY ¿Todavía? A las siete me echó mamá de su cuarto para vestirse y aún no ha terminado. Bien se conoce que es día de gran solemnidad. ¡El santo de mamá! ¡Comida de gran gala y yo en la cocina!... ¡Y para esto he hecho yo que me dejen cinco días sin merienda y sin recreo, y me he pasado una semana en la celda de reflexión!

MIC. Oye: pero ¿qué dices?

MARY La verdad. Aquí puedo decir la verdad. Estaba harta de colegio y de hermanas. Antes, cuando venía a dormir a casa, lloraba al llegar las vacaciones porque me iba a pasar muchos días sin ir al colegio, pero ahora, encerrada allí siempre, viendo a mamá una vez a la semana... y si acaso, sin venir a casa nunca, sin hablar más que con mis compañeras... Me aburría, me ahogaba. Yo no tengo ya edad para estar en el colegio. En todos los tonos le pedí a mamá que me sacara de allí, y siempre me contestaba: El año que viene, el año que viene. Como ese año no llegaba nunca, yo tuve que tomar una determinación...

MIC. ¿Tu enfermedad ha sido fingida?

MARY ¡Qué enfermedad ni qué narices! Esa es una leyenda que ha inventado mamá para justificar mi salida del colegio y para tenerme encerrada entre cuatro paredes sin que me vea nadie. Yo he salido del colegio porque me han expulsado.

MIC. ¿Que te han expulsado? ¿Que te han echado a ti esas...? ¡Dios me perdone! Pero, ¿qué has hecho tú para que te expulsen?

MARY Locuras, hija, verdaderas locuras. No te puedes imaginar todo lo que hay que hacer para merecer la expulsión en un colegio donde se pagan trescientos cincuenta francos de pensión más los extraordinarios.

RAFAEL ¡Ay, ya caigo! ¡Vaya una vivales que está la señorita!

MIC. Pero, niña, niña, ¿qué necesidad tenías tú de pasar por mala con las monjas y con las compañeras y que siempre se diga de ti que te tuvieron que echar del colegio?

MARY Eso me tiene sin cuidado. No he hecho nada que me deshonre. Diabluras, genialidades mías, como dicen las compañeras que no se han creído que estoy loca. Pero el día de mañana, cuando todas seamos mujeres y nos encontremos en un salón luciendo cola y descote, muchas que en el convento iban para santas puede que tengan que avergonzarse ante la compañera que iba para diablo .. ¡Yo me entiendo!

RAFAEL Y yo también.

MARY Pues cuando yo no digo más no es cosa de que lo digas tú.

MIC. Vamos, que me has dejao entontecida.

MARY Y todo lo he hecho por venir a casa. Por estar al lado de mi mamá. Porque me moría de pena lejos de ella. Porque me parecía que me iba olvidando. Porque necesitaba sus besos y sus caricias y quería que ella fuese mi amiga, mi compañera... Y vengo y me encierra en mis habitaciones prohibiéndome salir a las visitas... Y hoy, día de su santo, día con el que yo soñaba, por el que sufría con gusto todos los castigos que me costaban mis travesuras, apenas he visto a mamá, y tengo que comer en mi gabinete mientras en el comedor hay gran fiesta...

(Llorando.) Volveré al colegio... Estaré allí para siempre... Y me haré monja, si es que ya mamá no me quiere...

MIC. (Llorando.) No llores, Mary, no llores, que a mí me partes el alma. . Y si me ve llorando tu mamá va a decir como siempre, que estoy borracha, y esa es una ofensa que a mí me llega muy hondo.

MARY Vamos, cállate. Ya se me ha pasado.

MIC. (Sigue llorando con cómica exageración.) Y es que no te quiere como yo te quiero. ¡Claro!, como que tu verdadera madre he sido yo, que te he criado. Lo que hizo ella lo hace cualquiera.

MARY Vamos, Mica, calla, calla; que cuando te da llorona no hay quien te aguante.

RIC. Rufina, ¿cómo anda la comida?

RUF. Por mí, cuando quieras.

RIC. Ya están casi todos los invitados y la señora me ha dicho que unos minutos después de llegar el último, avise.

RUF. Bueno.

RIC. ¿No habrás cambiado el menú?

RUF. No.

RIC. Pues ten cuidado de que Lucía coja platos calientes para el segundo y tercero, no vaya a hacer lo del otro día, que me puso platos calientes hasta para el helado, y los cubiertos del pescado para las legumbres.

RUF. Para eso siempre está diciendo que ha estao cuatro años en casa de unos marqueses.

RAFAEL ¡Anda, valientes marqueses! Los de Santa Beatriz. Marqueses por el dinero. A él le conoció mi padre trabajando de albañil y comía en la calle pinchando con una navaja. ¡Figúrate lo que van a entender de platos calientes y cubiertos para el pescao!

MARY Oye, Ricardo, ¿quienes son los comensales?

RIC. ¿No lo sabe la señorita? Su tío el general, el marqués de Navalagamella, Aramís, el cronista de salones; Narváez, el banquero; Novelli, el argentino; Gutiérrez, el banquero; el señorito Jorge y las señoritas de Arviza, invitadas a última hora para que no faltase en la mesa el elemento femenino.

MARY Pues hubieran adornado más unas canasti-

llas de flores o los candelabros del salón que ahora están de moda; porque dos solteronas más feas y más antipáticas no las he visto en mi vida.

RIC. Era todo lo que podía apetecer la señora. Así no se le puede criticar de dar una comida sólo para hombres y con la comparación parecerá á los invitados aún más joven y más guapa.

MIC. ¡Ay, ay, qué mala madre! ¡Ay, lo que acabo de adivinar! Si yo, digan lo que digan, en cuanto bebo un poco se me aclaran las luces que es una cosa asombrosa.

RAFAEL Alumbrada ve más claro. Es natural.

MIC. Tú te metes en lo que te importe.

MARY Acaba, mujer. ¿Que es lo que has adivinado?

MIC. Nada, que lo he comprendido todo. Que ya sé por qué a tu mamá le ha sentao como un tiro tu salida del colegio y ha inventao lo de la enfermedá para que no salgas de tu cuarto. Todo es porque como es joven y lo presume le hace muy poco favor tener una hija de diez y seis años, que por lo moza representa dos o tres más. No quiere que te comparen con ella ni echen cuentas de su edad... (*La interrumpe la risa de Mary a la que hacen coro los criados.*) ¿Es que creís que es mentira? Yo le he oído decir que tenía treinta años, cuando me costa que ha cumplido los treinta y siete.

MARY No, mujer; es que nosotros, sin beber para que se nos aclaren las luces, sabíamos todo eso. En el colegio no era yo sola la niña que pasaba por esa pena. Cuando una mujer se casa muy joven, como mi mamá, el primer rorro es una muñeca más. Poder mostrar a los veinte años un retoño que encante con sus monerías es el ideal soñado por todas las muchachas. Pero cuando el retoño crece y se hace un mozalbete que le roba los cigarros a papá o una pollita que puede quitar los pretendientes a mamá, el caso es muy distinto... No te creas que por saber yo todo esto sufro menos. Ya te digo que en el colegio hemos observado y comentado que las madres más cariñosas son las viejecitas y las jóvenes las que menos prisa tie-

nen de sacar a sus hijas. Sin embargo, todas creemos que nuestra mamá es una excepción en la regla y que sigue estando tan orgullosa de nosotras como cuando ella tenía veinte años y nosotras uno. Pero oye, Ricardo, ¿quién es el señorito Jorge? Me extraña no conocerle y que tú le trates con tanta familiaridad.

RIC. Don Jorge Casanueva, el diplomático, el que fué embajador en París. El que se dice que será ministro de Estado en cuanto vuelvan los conservadores.

RAFAEL ¡Que va para un rato largo!

RIC. ¡Sí, sí! En cuanto se abran las Cortes.

RAFAEL Eso será si lo consentimos nosotros.

MARY ¿Queréis hacerme el favor de dejar la política en la cocina?

RIC. Perdone usted, señorita; pero es que yo soy conservador, como era su difunto papá...

MARY Bueno, dime: ya sé quién es don Jorge Casanueva; pero...

MIC. Pues bastante sabes ya. Anda, Ricardo, que harás falta dentro.

(Vase Ricardo.)

MARY Me lo tienes que decir todo.

MIC. Déjame, déjame.

MARY ¡Vaya si me lo dirás! Para soltarte la lengua tengo un medio que no me ha fallado nunca.

MIC. No, no seas inquisidora, Mary, no seas inquisidora. No me sometas al suplicio de hacerme beber para que hable, porque mañana me moriría de pena y de vergüenza.

RAFAEL Hay un remedio. No sople usté.

MIC. Es que yo tengo una inclinación natural hacia el martirologio. Me apostaría cualquier cosa a que si la niña me somete al suplicio de darme de beber, cuando más esté sufriendo imitaré a San Lorenzo.

RAFAEL ¿Pedirá usté que la vuelvan del otro lao?

MIC. Pediré otra botella. A cada cual lo suyo.

RIC. Vé preparando el consomé, que ya han pasado al comedor.

MARY Oye, Ricardo, dale a Lucía una botella de jerez y dos de champán para la cocina.

RIC. Eso no puede ser.

MARY Sí puede ser. Son tres botellas más que se

han bebido los convidados o tres botellas menos que birlas tú.

RIC. Ya sabe la señorita que yo soy incapaz...

MARY ¡Oh!... Anda, anda; que aquí nos conocemos todos, y ya sabes que yo no os descubro nada.

(Vase Ricardo.)

RUF. Pero el día que seas señora...

MARY Os conservaré a todos para que no vengan otros peores.

RUF. Oye, ¿me quieres ayudaı?

MARY Sí, hija. Me complace ser la verdadera Cenicienta. Yo guisando para... ¡Venga un delantal! Estoy dispuesta hasta a fregar los platos. Trae, yo te batiré eso. (Se pone un largo delantal de cocina y ayuda a Rufina en todas sus faenas.)

LUCÍA (Entra por la izquierda trayendo tres botellas.) Estas botellas me ha dao Ricardo para vosotros. A ver si me dejáis algo del champán.

RAFAEL Cuenta con el corcho.

LUCÍA ¡Qué gracioso! Dame el consumé!

RAFAEL Consomé, hija, consomé.

(Rufina le prepara el consomé y Lucía se va con él por la izquierda.)

RAFAEL Hay que poner esas botellas entre el hielo para que se conserven frescas para cuando comamos. Hoy me voy yo a permitir el lujo de beber champán.

MIC. Mira que no estás acostumbrao y te puede hacer daño.

RAFAEL ¡Vaya una ansiosa!

MIC. Vamos a bebérnoslas ahora; que para comer nos traerá Ricardo de lo que quede en la mesa.

RAFAEL Eso no. Yo no bebo cortinas ni del obispo de Sión.

MIC. De lo que quede en las botellas. Estas para abrir boca.

RAFAEL Vamos, ponga usté el champán en el hielo y déjese usté de rutinas.

RUF. Apropósito. Micaela, dele usté a la heladora un poco para que no se ablande el helao.

MIC. Que le dé éste, que para eso es mecánico.

RAFAEL Para eso precisamente, no. ¡Mira qué tendrá que ver que yo sea mecánico para que..!

MIC. Es que a mí en cuanto doy dos vueltas se me va la cabeza.

MARY Tiene razón el ama. Dale tú al manubrio, que tienes costumbre de poner en marcha el coche y de tocar el organillo en la Bombilla.

RAFAEL ¡Va sainete! ¡Vaya por el manubrio! «La alegría del coci», polka. (*Da vueltas a la manivela de la heladora, como si tocase un pianillo, y canturrea.*)

RIC. Venga el primer plato.

MARY Oye, ¿está mamá muy guapa?

RAFAEL Si se ha puesto el traje descotao que llevó ayer al teatro, debe estar...

MARY Tú calla y dale al manubrio.

RIC. Está elegantísima.

MARY ¿Se ha puesto las perlas?

RIC. No. El aderezo grande de los rubíes.

MARY ¡Ah! El aderezo de las grandes solemnidades. El que yo no he conseguido ver más que dos veces en mi vida...

MIC. Ayer lo trajo del Banco.

MARY Dime, ¿está alegre? ¿Han hablado algo de mí?...

RIC. No, nada. Aligera, Rufina, que ya han terminado.

(*Rufina saca los pastelillos del horno y los coloca en una bandeja de plata convenientemente preparada con servilletas.*)

MARY Oye, Ricardo, al salir deja corridas las cortinas del comedor y apaga la luz del office, que voy a asomarme a ver a mamá.

RIC. Tenga cuidado la señorita. (*Vase por la izquierda con el servicio.*)

MARY No te preocupes. Anda. (*Se acerca a la puerta de la izquierda y cuando ve que Ricardo ha apagado la luz del antecomedor se va de puntillas.*)

RAFAEL Oye, tú, el helao debe estar ya como una piedra, porque se necesita un gallego para dar vueltas al manubrio.

RUF. Pues déjalo.

RAFAEL ¿De qué es?

RUF. Es koroski.

RAFAEL Oye, tú, camelos no.

RUF. Un helao ruso.

RAFAEL Pués vuélcale al castellano.

RUF. Crema con plátanos y champán.

RAFAEL ¡Mi madre, cómo me voy a poner!

MARY (Entra y se queda apoyada contra la pared. Dentro se oye reir a Susana larga y estrepitosamente y después a los comensales.) ¡No se acuerda de mí para nada!... ¡No me quiere!... ¡No me quiere!...

MIC. (Por el foro.) Ya está destapada la botella. Os he dejao la mitá porque no digáis. (Deja sobre la mesa la botella tumbada y de ella no cae ni una gota. Rafael la coge, la sacude y mira a Micaela con un gesto malicioso y despectivo.) ¿Qué te pasa, Mary de mi alma? ¿Por qué lloras tú, cordera?

RAFAEL Se ha asomao por entre las cortinas, ha visto la que se traen los señoritos... y claro, la ha dao envidia.

MARY (Brusca y enérgica.) ¿Envidia a mí? Yo no tengo envidia. ¿Voy a envidiar a mi madre? Sé muy bien que nunca seré guapa como ella... Nunca... Ni elegante... (Instintivamente se mira el vestido y se arranca el delantal de cocina.) Tampoco tendré su ingenio y su gracia para que todo el mundo esté pendiente de mis labios... Yo soy una niña zángana, fea, sin gracia... ¡Hace bien en avergonzarse de mí! (Llora.)

MIC. Ven, niña mía, ven. No llores. Yo te cantaré para que te duermas como cuando eras pequeñita. No llores por esa bribona, que tu chacha te quiere y no es mala como ella.

MARY ¡Mi madre no es mala!

MIC. Sí. Es mala, mala, muy mala. Te lo digo yo; te lo dice Micaela, que también fué mala dejando a su hijo por venir a criarte a ti. Pero Dios me castigó y se llevó a mi hijo. Aquel día estuve por matarte a ti que tenías la culpa. Pero no tenías la culpa, y aunque yo era mala, era buena y te quise más. Te quise por tu madre, por mi hijo; y te quise por tu madre, que era mala, mala... Ella no te dejaba por ganar dinero, como yo, sino por divertirse, por no estropearse... Sí. Mary, sí; tu madre es mala, muy mala... ¡Dios la castigará también!

RIC. Dame el pescado.

(Rufina se le da y Ricardo vase corriendo.)

MARY Cállate... ¡Mi madre no es mala!

MIC. Sí. Te lo digo yo; te lo dice Micaela. Yo también fuí mala porque dejé a mi hijo por venir a criarte, ¿sabes? ¿A que no te acuerdas tú como yo?

MARY ¡Cállate, que estás borracha!

MIC. He bebido, pero no estoy borracha. Micaela Martínez no se ha emborrachado nunca. Son cosas de ella, de esa bribona, mala madre...

MARY ¡Micaela!...

MIC. Sí, sí. Mala madre, mala madre, mala madre. Te lo diré aunque me ahogues... Ahora veo yo muy claras las cosas. No quiere que te vea él. Le debe haber hecho creer que eres pequeñita como cuando yo te bajaba al Retiro. ¿Te acuerdas? Me tirabas de los pendientes y de aquel collar de pesetas... ¡Ladrón! Se lo llevó el muy canalla diciendo que iba a dorármelas... Oye, le ha hecho creer que eras pequeñita, porque el otro día él te trajo una muñeca; una muñeca así, que ella guardó.

MARY ¿Quién es él? Habla. ¿Quién es él?

RUF. Vamos, Micaela, váyase usté a acostar y deje a la niña. Tú no la hagas caso. ¿No ves que está borracha?

MARY Habla, Micaela, te lo mando yo. ¿A qué viene ese don Jorge?

MIC. ¡Toma! Por el dinero de tu madre para ser ministro. ¿No sabes que son novios?

MARY ¿Que se va a casar mi madre? ¡No, no! ¡Eso no puede ser!... Tú estás borracha y no sabes lo que dices.

MIC. Sí, sí. Veo muy claras las cosas. Es joven, es guapo. Dicen que es muy listo... Pero lo que le hace falta es dinero, aunque también tiene mucho... Pero no tanto como tu madre... A ella le gusta y se muere por figurar, por ser ministra...

RAFAEL ¿Se quié usté callar, Micaela?

RUF. ¡Cuando se pone así!...

MARY Dime tú, Rafael, ¿son relaciones formales? ¿Tú crees que mi madre se volverá a casar?

MIC. Calla, Rafael, calla. No le digas nada a la niña.

RAFAEL ¡Vamos, señora, que la frían a usté una torrija!

RIC. ¿Está la carne?

RUF. Aquí tienes la fuente. Voy a sacar las patatas.

MARY Oye, Ricardo, ¿tú crees que se casarán?

RIC. ¿Quién?

MARY — Mamá y el señorito Jorge.

RIC. — La señora, perdone usted, me parece que lo está deseando; pero él es durillo de pelar.

MIC. — Que no le digáis a la niña lo que no le importa saber.

MARY — ¡¡Ella quiere casarse!!

RIC. — (Con la fuente en la mano.) Pero no tenga cuidado la señorita. A él le asustan las viudas, me consta, y en cambio se despepita por las jovencitas, y cuanto más jovencitas, mejor. Lo sé por su ayuda de cámara. Si no fuese por el gancho que tiene la señora, y perdone la señorita, él ya hubiese ahuecado el ala...

MARY — ¡Se quiere casar y para ella soy un estorbo! En los tres años que he estado lejos de ella la he perdido para siempre... ¿Y qué hago yo, pobre de mí, para impedir que se case! para reconquistar su cariño? ¡Pobre Mary. Tú que en el convento te creías el Napoleón de las colegialas, en tu casa eres el último ranchero. ¿Qué hago yo? ¿Qué hago yo?

MIC. — Entras en el comedor. Coges una copa de champán, te la bebes, das un viva a la República y le dices a tu madre: «No presumas de pollita, que la pollita soy yo.» Y le dices al señorito Jorge después de beberte otra copa: «No me regale usté muñecas, creyendo que soy una niña, porque a mí lo que me hace falta que me regalen es un novio.

MARY — ¡Mi madre casada!... Todo su cariño para ese hombre antipático... ¡Yo que tanto compadecía a Purita Arriola, me veré como ella, y aun peor! Ella tiene madrastra y yo tendré un padrastro. Un padrastro que me odiará a muerte...

MIC. — Que querrá apoderarse también de tu dinero, que puede que llegue a pegarte... Pero eso no. A ti no te pega nadie, que aquí está Micaela para defenderte...

LUCÍA — Dame la verdura.

(Rufina le da una bandeja y Lucía vase.)

MARY — Yo no puedo consentir que ese hombre me robe el cariño de mi madre, ahora que es cuando más le deseo, ¡ahora que es cuando más le necesito!... Después de las locuras

que he hecho para salir del colegio y vivir al lado de mi madre, no voy a volver allí para que las hermanas me hagan pagar todas las diablituras, y ese estúpido, mientras tanto, se ría disfrutando de lo que es mío, mío sólo; porque una madre no tiene derecho a casarse cuando tiene una hija...

MIC. Entra en el comedor, entra en el comedor a decirle todo eso.

RAFAEL Vamos, Micaela, ¿quiere usté dejar a la señorita? A ver si entra y tenemos la gorda.

MARY ¡No! ¿Qué he de entrar? Pasada la sorpresa se reirían de mí. Después me castigarían como a una niña traviesa y quedaría en ridículo.

RAFAEL Mire usté, señorita, con pañuelo a la cabeza o con chapiri, todas las madres en el fondo son lo mismo. Cuando yo quería conseguir algo de la mía, la tocaba al lao izquierdo y no fallaba. Cuatro lágrimas, cuatro palabras tiernas y jalea pura. Las madres, por muy enteras que sean, en cuanto ven llorar a un hijo, se ablandan. Una vez, cuando a mí me daba por estudiar para torero, me escapé a una capea y me echaron del taller. Mi madre había jurao que cuando volviera me iba a brear y tenía una tranca prepará detrás de la puerta. Pero yo, que me había enterao por una vecina, antes de entrar me pegué con toda mi alma un trastazo contra una esquina y me dejé correr la sangre por toda la cara. Al verme así mi madre, soltó la tranca, se echó a llorar conmigo y aquella noche hasta me rehogó las alubias con un huevo.

RIC. Vengan las pechugas y prepara el helao.

MARY ¿Qué dicen, Ricardo? ¿Sigue mamá tan alegre? ¿Y el?

RIC. El me parece que se va colando, como diría éste. (Por Rafael.) Nunca le he visto como esta noche. (Rufina, ayudada por Ricardo, prepara el plato pedido.) Ahora le está proponiendo a la señora que después de la comida, en vez de pocker, haya baile. Dice que quiere bailar con la señora como los chulos en las verbenas, y la señora se ríe mucho y dice que es madrileña castiza y sabe bailar como una modistilla.

RAFAEL ¡Anda, pues si al señorito Jorge le pasa lo que a mí cuando bailo, esta noche claudica, porque la señora marcándose ceñido y con ese escote... ¡La mar!

RIC. (Llevándose la fuente.) Prepara el helao en seguida.

RUF. Rafael, destapa la heladora. Micaela, caliénteme usté la pala y la cuchara.

MIC. No me da la gana. Yo estoy aquí de ama seca y no de pincha.

RUF. ¿Quieres tú hacer el favor, Mary, que no puedo dejar esto?

MARY (Que está llorando desconsoladamente.) Sí, hija, sí; todo lo que quieras. Luego saldremos juntas a recoger los cacharros de la mesa y después a poner los abrigos a los invitados...

RAFAEL Vamos, señorita, no llore así.

MIC. ¡Mala madre, mala madre!...

RUF. Por Dios, Mary, no te vayas a echar encima la olla, que está hirviendo el agua. Mete la cuchara en el depósito.

(Mary tira hacia sí de la olla y el agua cae sobre ella. Un escape de vapor convenientemente dispuesto envuelve el fogón en densa nube de vapor, al mismo tiempo que se deja oir el ruido producido por el agua al caer sobre una plancha de hierro al rojo. Mary lanza un grito y cae desmayada. Cuídese mucho este efecto. En el Teatro Lara se ha hecho poniendo en el fogón una plancha de hierro calentada por la electricidad y bastaba verter sobre ella unas gotas de agua con una esponja para lograr el efecto apetecido.)

RAFAEL ¡Ay!

RUF. ¡Se ha abrasado!

MIC. ¡Mary! ¡Hija mía! ¡Mary mía! ¡Hija, hija! (Micaela lanza gritos desgarradores.)

RAFAEL ¡Quitarle pronto la ropa y traer otra seca!

RIC. ¿Qué pasa?

MIC. (Que no cesa de gritar.) ¡Mi niña! ¡Mi pobre niña que se ha abrasado!

RIC. ¡Señora, señora! (Vase por la izquierda.)

RUF. ¡Aquí hay una manta!

MIC. ¡Mary, Mary, abre los ojos! ¡Mary! ¡Hija mía! ¡Mariposa! ¡Mariposita querida!

SUS. ¿Qué pasa?

RUF. Que la señorita se ha echado encima una olla de agua hirviendo.

SUS. (Con un grito de sincero dolor de madre.) ¡Ay! ¡Mi Mary!

MIC. ¡Déjela usté, déjela usté! No la toque. (Defiende huraña el cuerpo de Mary, apretándole contra su pecho.)

SUS. ¡Hija mía! ¡Hija de mi alma! (Se abraza a ella y rompe a llorar. Entran en la cocina todos los invitados.) ¡Mi hija, que se ha abrasado mi hija!

MARY (Abriendo los ojos dice con un tierno suspiro:) ¡¡Mamá!!

GEN. ¡Mary!...

MARQ. ¡Un médico, pronto, un médico!

JORGE ¿Es su hija?

MIC. Sí, es su hija, es su hija.

SUS. Sí, Jorge, es mi hija, mi hija de mi alma... ¡Ay, Mary, Mary!...

MARY (Mira a todos, sonríe dulcemente y dice con inmensa satisfacción.) ¡Esta es mi mamá! ¡Esta es mi mamá!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un saloncito muy elegante en un hotel moderno.

Al foro gran ventanal o mirador que da a un jardín. En el fondo se ve la calle. Una puerta en la derecha y otra en la izquierda.

Un amplio diván con muchos cojines en el foro y junto a él una mesita cargada de libros, en rústica en su mayoría. Un piano, butacas lujosas y modernas, lo mismo que los demás muebles. Buenos cuadros y objetos de arte.

Este salón, que es donde Susana recibe a sus íntimos, es el refugio de Mary que le ha dispuesto y adornado con gran entusiasmo y buen gusto al sentirse mujercita y verse al fin arraigada en su casa.

Luz del día. Cae la tarde al comenzar la acción.

(MARY, hundida en el diván, lee con sumo interés una novela. SUSANA, sentada ante una mesita en la que hay tijeras, alicates, tarritos y variados instrumentos para arreglarse las uñas, se frota cuidadosamente con un gran polissoir.)

SUS. Hija mía, con haberme hecho revolver todos los cajones para curiosear, me he estropeado las manos por completo. ¡Cualquiera dice que me las arreglé esta mañana! Tú tienes que cuidarte las manos, Mary.

MARY (Sin dejar de atender a la lectura.) Según a lo que llames cuidar... Por llevar las uñas pulidas y abrillantadas como cosa de joyería para que las admire la gente, no me privo yo del gusto de revolver cajones, revelar fotografías y cuidar de mis flores.

SUS. Eres una salvajita. Tendré que cuidártelas yo...

MARY ¡Ah! Si eres tú la manicura, como me da tanto gusto que me arregles y me mimes, llegaré al sacrificio tuyo de ponerme guantes para escribir.

SUS. ¿Qué hora es, Mary?

MARY Las siete.

SUS. ¡Jesús! Y el dichoso peluquero sin venir. No sé lo que voy a hacer ya.

MARY Todo lo que quieras menos que dejemos de ir al concierto.

SUS. ¡Tanta afición a la música y no has abierto el piano en el tiempo que llevas en casa.

MARY Mamá, a mí me tiene sin cuidado el concierto. Me muero por ir porque es la primera vez que voy a ver el Real, porque es la primera vez que voy a presentarme contigo y con las tías en un palco del teatro... ¡La música!... Esta noche, toquen lo que toquen, me parecerá una cosa sublime, ideal... ¿No crees tú que el encanto de los conciertos está en los ensueños que puede una forjarse durante una *suite*? Yo soñaré esta noche con una función de gala, en la que yo, dama de Palacio como la prima Luisa, me presente al lado de los reyes, cubierta de alhajas y con un descote muy grande, muy grande... Tú puede que añores la noche en que como yo te presentaste por vez primera en el teatro luciendo el primer vestido de pollita... Después queda el encanto de los entreactos. Cuando la luz se enciende los caballeros flechan a las señoras con los gemelos y suben a los palcos a galantearlas... Esos son los atractivos de un concierto. La calidad de la música o la perfección de los ejecutantes se queda para cuando tengamos muchos años o pocas ilusiones...

LUCÍA Señora...

SUS. ¿Qué?...

LUCÍA Monsieur Antoine.

SUS. ¡A qué hora!... ¿Y si viene alguna visita?

MARY La recibiré yo, mamá.

SUS. No es conveniente.

MARY Mamá, hoy no es día de recibir. El que venga será persona de confianza. Yo le entretendré mientras tú sales.

SUS. No hay otro remedio. Ahora me va a oir ese hombre.

MARY Es indudable que ese hombre te está ondulando el pelo.

SUS. ¡Para bromas estoy yo! (Vase por la izquierda. Mary vuelve a enfrascarse en la lectura. Corta pausa.)

MIC. (Entra por la derecha trayendo una bandeja con una copa de jerez y galletas.) Mary, que son las siete y aún no te has tomado esto.

MARY No quiero. He tomado te con mamá.

MIC. ¡Vaya un alimento! Mira que tomar té por gusto no estando mala... ¡Las modas de ahora! Como dicen que adelgaza y también es moda quedarse hecha un escuerzo... En mis tiempos se consideraba que las carnes eran el mejor adorno, y había que oir las cosas que a mí me decían cuando te estaba criando. En cambio, hoy ¡hasta hambre pasan algunas!... Vamos, anda, tómate esto para que no se te junte con la comida.

MARY Que no quiero, te he dicho.

MIC. Te lo ha mandao el médico.

MARY Es que no tengo gana.

MIC. ¿Qué gana se necesita para comer un par de galletas y beberse una copa de jerez? ¡Y qué jerez! Como que es del que había en la bodega de tiempos del señor. Huele que marea... Materialmente marea.

MARY Pues bébetele tú y me alimentará a mí.

MIC. ¿Yo? ¡Aunque estuviera muriéndome y fuera mi única salvación!

MARY (Dejando de leer muy asombrada.) ¿Qué estás diciendo? ¿No bebes ya?

MIC. ¿No te lo he dicho? La noche en que te quemaste le prometí a la Virgen estar un año sin beber ni una gota si te sacaba con bien. Y mira si la Virgen apreció lo que valía mi sacrificio, que ni calentura has tenido.

MARY ¡Un año sin beber! ¡Sí que es un voto!

MIC. Trescientos cuarenta días me faltan.

MARY ¡Qué bien llevas la cuenta! Pero, oye, ¿tanto hace que estoy yo aquí? ¡Qué corto se me ha hecho el tiempo!

MIC. ¡Dichosa tú!

MARY Sí, en efecto. Me quemé el día del santo de mamá... Dos semanas que estuve en cama...

Parece que fué ayer cuando me trajo la Hermana Piedad cogida de las orejitas!

MIC. ¡Ah! Tengo que decirte una cosa. Ya no vuelves al colegio.

MARY ¡Vaya una noticia! Eso lo sabía yo desde el primer momento. ¡Otras cosas son las que me preocupan!

MIC. ¿Cuáles?

MARY Las que la preocupan a mamá.

MIC. ¿El señorito Jorge?

MARY Sí. En el corazón de mi madre se está librando una batalla tremenda. Los contendientes somos ese hombre y yo. Mamá no se atreve a sacrificar a ninguno. Duda, está indecisa. Quisiera poder armonizar ambos sentimientos, pero comprende que es imposible...

MIC. Ríete de batallas. Como de veras se le meta en la cabeza casarse, bastante le importarás, ni cien hijas que tuviera.

MARY Es que mamá me quiere, me quiere ahora más que de pequeñita. Es una mujer de talento, de mucho talento...

MIC. Te repito que cuando un hombre se le mete a una en la cabeza, no hay cariños ni hay talentos que valgan.

MARY Tienes razón; pero por fortuna mamá ha pasado ya de la edad de las irreflexiones y no llega a la de las vehementes impaciencias y en su ánimo vencerá el que sepa vencer.

MIC. No me fío.

MARY Ni yo tampoco; por eso te digo que vencerá el que sepa vencer, no el que deba vencer. En esta lucha de zapa, de astucias y de sutilezas, la mujer, aun siendo como yo casi una colegiala, siempre lleva ventaja al hombre por muy mundano que sea.

MIC. ¡Pero si empiezas por no conocerle!...

MARY No le he visto. Mamá ha procurado evitar que nos conozcamos. Esto me demuestra que en su conciencia hay una duda y en su corazón una lucha. Si ella estuviese decidida a sacrificarme por ese intruso se hubiera apresurado a presentarme a él y hubiera procurado por todos los medios que se captase mis simpatías. Nada de eso hizo. Por el contrario, rehuye hablarme de él y me

quiere más de día en día... Al enemigo no le conozco personalmente; pero en cambio este aislamiento me ha hecho conocerle tal vez más a fondo, porque no he recibido su influencia... Sé de él mucho, mucho... Sus virtudes, sus defectos, sus pasiones, sus debilidades...

MIC. ¡Qué sabes tú del mundo, pobrecita mía, si ahora sales a él!

MARY ¡Ah, pero he estado asomada a la ventana muchos años!

MIC. ¡Sí, encerrada en un colegio!

MARY En un colegio en estos tiempos se aprende mucho. A veces hasta francés y piano. ¡Cuánto y cuánto se ha hablado de la experiencia de la vida y de lo que enseñan los años!... Si eso fuera cierto no habría quien, como mi primo Teodoro, después de arruinado dos veces se dedicase a dilapidar más deprisa y más tontamente que las primeras la tercera y última herencia que ha caído providencialmente en sus manos. No se daría el caso de que una niña inocente como mi compañera Teresita Ferrero, a los diez y ocho años, engañase a los seis meses de casada a un capitán de húsares que era el terror de los maridos... Las amarguras de la vida podrán hacernos huraños, como a mi tío el general, y los años desconfiados, como a mi abuelita; pero el que nace tonto lo es para toda la vida, y el que sale listo a los doce años engaña a Maquiavelo.

MIC. ¡Tú sí que has salido lista de veras! Hablas que da embeleso oirte .. Pero, anda, tómate esto.

MARY Te he dicho que no. Y la que va a beberse el vino vas a ser tu.

MIC. ¡No! No me tientes, Mary...

MARY No faltarás a tu voto. Tú no quieres; pero yo te obligo a beber a la fuerza. Te das ese gusto y mañana continúas la penitencia.

MIC. Es que si yo saboreo esa copa de jerez, saboreo las cinco botellas que han subido de la bodega.

MARY Esta te la bebes a la fuerza, y después tienes fuerza de voluntad para no pecar.

MIC. A la fuerza me dieron a mi el primer beso... y ya ves, he terminado en ama seca.

MARY — Bueno, bueno. No te la bebas. Llévate eso y dáselo a Rufina de mi parte.

MIC. — (Cogiendo la bandeja.) ¡Lástima de jerez para semejante acémila!

MARY — Oye. Si viene el señorito Jorge, no avises a mamá y hazle pasar aquí.

MIC. — ¿Le vas a recibir tú?

MARY — Sí. Mamá está con Monsieur Antoine. Hoy le toca igualarse y ondularse el pelo.

MIC. — Teñirse, hubiera dicho yo...

MARY — Y hubieras dicho mal; porque mamá apenas si por casualidad tiene alguna cana...

MIC. — Pues hay para dos horas... (Hace mutis oliendo con deleite la copa de vino.) ¡Para Rufina un jerez de esta clase!... Es echar margaritas a puercos... (Moja en la copa la punta de los dedos y se salpica el pechero del vestido como si se tratase de una esencia. Mary vuelve a coger el libro que leía pero, impaciente, le arroja en seguida. Se levanta y se arregla y coquetea ante un espejo. Dentro, lejos, suena un timbre. Mary se conmueve. Vuelve a mirarse al espejo con cierta inquietud y espera escuchando con gran atención.)

LUCÍA — (Por la derecha) Las primas de la señorita y su amiguita Totó.

(Inmediatamente entran DORA, LOLI y TOTÓ. La primera es casi una mujercita. Loli es más niña y Totó una muchachota de quince años muy desarrollada, sencilla e inocente. Entran riendo como locas.)

DORA — ¡Totó ha hecho una conquista!

LOLI — ¡La inocente Totó tiene más gancho que nosotras!

DORA — ¡Y yo que me figuraba que venía timándose con la miss!

LOLI — ¿Y cómo le habrán dejado salir solo?

(Vuelven a reir.)

MARY — Pero ¿qué os pasa?

DORA — Hola, peque. (La besa.)

LOLI — ¡Que Totó ha hecho una conquista!

DORA — Una conquista que quita la cabeza.

TOTÓ — (Enfurruñada.) O me dejáis de esas bromas o no vuelvo a salir con vosotras.

DORA — La que no vuelve a salir soy yo. No estoy por llevarte la cesta.

LOLI — Yo tampoco voy contigo a paseo hasta que te vistan de largo. Luchamos con mucha desventaja. ¿No te has fijado, Dora, en que

el pretendiente no le quitaba ojo de las pantorrillas?

DORA ¿Y no has oído lo que le ha dicho de las medias?

MARY Pero ¿me queréis contar lo que ha pasado?

DORA Pues que Totó, la que creíamos una panoli, ha conquistado a un pollo que nos viene dando la pelma toda la tarde.

LOLI Un niño inocentón como ella.

TOTÓ (Enojada.) ¡No las hagas caso!

DORA Asómate, asómate. Puede que se le vea en la calle.

LOLI (Asomándose al mirador.) ¡Allí está!

MARY No le veo.

DORA Allí, a la derecha del pabellón del portero. Mírale pegado a la verja.

MARY ¡Pero si es un viejo!

DORA Es don Procopio.

LOLI ¡El buen señor, es un conquistador!

TOTÓ Como no me dejéis, le cuento a la tía lo de Carlitos.

DORA ¡Ya te librarás muy bien!

LOLI Y nosotras le decimos a tu mamá lo del viejo.

TOTÓ Yo no tengo la culpa.

DORA Sí la tienes, porque con esas pantorrillas y ese desarrollo tan bestial no se debe ir con falda corta.

TOTÓ Pero ¿por qué?

DORA Mira, mira, déjame en paz, que voy creyendo que tú te haces la longui para que te regalemos los oídos. Mary, dale un libro de estampas para que se entretenga y no nos dé la posma.

TOTÓ (Sacando la lengua con un gesto de chiquilla.) ¡Eh! ¡Vaya un modo de hablar para una marquesita! Razón tiene mamá al decir que eres un golfo de la calle.

DORA ¿Te parece, Mary, quién va a criticar?

MARY Te advierto que lleva razón. A veces yo no te entiendo.

DORA Claro, como tú acabas de salir del convento y no vas al teatro ni tratas con nadie, no estás en los timos.

MARY ¿Me traes la novela de que me hablaste?

DORA Sí, ya verás. Es brutal.

MARY ¿Quién es el autor?

DORA Clichy. ¡Vaya un tío escribiendo! Es mucho mejor que Felipe Trigo. Unos dicen que es una mujer y otros que un hombre; pero ya verás, ya verás. Es un hombre que parece una mujer o una mujer que parece un hombre.

LOLI Oye, Dora, a mí tienes que dejarme otra vez las Claudinas.

DORA A ver si te las coge tu mamá y tienes otro disgusto.

LOLI Ca. Ahora he inventado el gran procedimiento. Só'o leo novelas francesas que son las mejores. Como en mi casa nadie sabe francés, cada vez que me ven leyendo dicen: ¡Qué aplicadita ha salido esta muchacha!

DORA ¿A tí te deja leer tu madre de todo?

MARY Ni siquiera mira mis libros. Mi tío el general, que como sabéis tiene ese carácter, le dio a mamá que una mujer debía leerlo todo y saberlo todo y al día siguiente me envió varias obras de Renan, la Historia Natural, el orígen del Hombre, de Darwin y seis novelas de Ortega y Frías. ¡Delicioso!

DORA Anda, vamos, Lolí, que es tarde.

MARY ¿A dónde vais?

DORA A dar una vuelta por la Carrera para que Carlitos se venga con nosotras al cine.

LOLI ¿Tú tendrás ya novio?

MARY (Casi con enojo.) ¿Yo? ¡No pienso en eso!

LOLI Perdona, hija, no he querido ofenderte.

DORA ¡Cómo has cambiado en poco tiempo!

MARY Sabes muy bien que no he tenido nunca novio.

DORA Porque en el convento no podías. Pero bien te gustaba que yo te contase cosas de los míos.

MARY En el colegio hablaba de novios como hablamos todas, por afán de ser mujercitas; pero ahora que estoy en mi casa muy a gusto y muy feliz al lado de mamá no es cosa de que piense en tonterías.

DORA ¿No piensas casarte?

MARY No. Mientras viva mi mamá, no. Ella se sacrifica por mí, justo es que yo me sacrifique por ella, si sacrificio puede llamarse a vivir muy feliz y muy contenta a su lado disfrutando de todo su cariño.

DORA ¡Tú eres tonta! ¿Crees que con lo joven que

es tu madre y con lo que presume no se va a casar?

MARY — No se casará.

DORA — ¿Lo vas a impedir tú?

MARY — Tal vez.

DORA — Pero ¿es que tú crees que así vas a ser feliz?

MARY — Mucho, muchísimo. ¿Teniendo el cariño de mi madre ¿para qué quiero más?

DORA — ¿Y no te vas a enamorar?

MARY — Como tendré todo el corazón lleno con el cariño de mi madre no me quedará hueco para otro.

LOLI — Déjala. Está enmadrada. Ya se le pasará.

DORA — Desde mañana te enviaré otros libros, porque estas lecturas no son las más apropósito para aborrecer a los hombres.

MARY — No pretendo aborrecerlos ni abomino del amor. Lo único que hago es considerarle inoportuno o peligroso. Y esos libros, te aseguro que más invitan a huir de los hombres que a otra cosa.

DORA — ¿También vas a decir que son malos?

MARY — ¿Los libros o los hombres?

DORA — Las dos cosas.

MARY — Si los hombres son tal y como los pintan esos libros, el libro es admirable y el hombre repugnante.

DORA — Se te ha recrudecido la afición a decir frases.

LOLI — ¿Dirás también que las mujeres están mal observadas?

MARY — Afortunadamente para mí no sé juzgar a las mujeres que aparecen en esas novelas.

DORA — ¡Cuánta hipocresía! Las novelas serán muy malas; pero tú las devoras. Has leído en un mes lo que yo en un año.

MARY — Me inspiran curiosidad, mucha curiosidad. Por ellas me estoy asomando a un mundo que casi me era desconocido. Por ellas voy conociendo a los hombres.

DORA — No te entiendo. ¿Qué te importa conocer a los hombres si no piensas enamorarte de ellos?

MARY — Pero pienso que ellos se enamoren de mí.

LOLI — ¡Y coquetear!... Por ahí se empieza.

MARY — No. Yo sólo deseo conocer las pasiones de los hombree para prevenirme contra ellas.

DORA — Anda, vamos, Loli, que está mochales. Totó,

deja las estampas que te estará esperando tu oso.

TOTÓ (Después de mirar por el balcón.) No, no. Yo no salgo hasta que se vaya, que puede que sea un saca mantecas.

LOLI Todavía está ahí el muy cínico.

MARY Efectivamente. Vuestros libros son admirables.

DORA ¿Por qué dices eso?

MARY Porque si no los hubiese leído creería también como Totó, que un viejo que seguía a una niña era un saca mantecas.

LOLI Pues ya lo sabes. Cuando te persiga un viejo, y aun no siendo viejo, pues ahora privamos las tobilleras de un modo tremendo, huye de él que es mucho peor que un saca mantecas. ¡Es el coco!

DORA El coco que viene a llevarse a las niñas bonitas. Adiós y que te cures. (Vanse riendo. Mary las acompaña un momento y después se aproxima al balcón del foro para verlas marchar. Apenas ha terminado de despedirlas ve llegar a JORGE. La sorpresa la arranca un ligero grito. Se inmuta, pero inmediatamente se repone. Bebe un sorbo de agua. Corre hacia la izquierda para asegurarse de que su madre continua en el tocador y vuelve para arreglarse ante el espejo. Nerviosa, se sienta y ensaya dos o tres posturas.)

LUCÍA El señorito Jorge.

MARY Que pase. (De nuevo bebe agua. Coloca un gran búcaro de flores de forma que quede entre ella y el sitio que ha de ofrecer al visitante y aparentemente tranquila espera.)

JORGE (Entrando.) ¿Me dicen que tu mamá está ocupada?

MARY Sí, señor. Me ha encargado de decirle que la disculpe y que tenga la amabilidad de esperar un ratito.

JORGE (Contrariado e impaciente sin fijar apenas la vista en Mary.) ¿Sabes si tardará mucho? ¿Tiene alguna visita?

MARY No, señor. Está ocupada en su toilette.

JORGE ¿A estas horas?

MARY Sí, a estas horas. (Subrayando.) Como yo estoy ya completamente bien y el médico me dió de alta, mamá, para celebrarlo, me va a llevar al concierto.

JORGE (Rectificando su falta de cortesía.) ¿No sientes ya ninguna molestia?

MARY Ninguna. Muchísimas gracias por su interés.

JORGE A diario he venido o he enviado a informarme de tu salud. ¡Qué malos ratos ha pasado tu mamá a causa de tu diablura!

MARY Nunca lamentaré bastante el *accidente* por lo que ha hecho sufrir a la pobre mamá. ¡Me quiere tanto!...

JORGE ¡Mucho! Exageradamente tal vez. No pudimos convencerla de que no corrías ningún peligro y durante veinte días la has tenido recluída en casa y en pleno llanto.

MARY Efectivamente. Ha sido una crueldad para con ella y para con sus amigos. Sin embargo, yo creo que ella, dentro de su gran preocupación, era feliz a mi lado como yo lo era al suyo. A veces yo me sentía tan dichosa; tan dichosa cuando con sus propias manos me curaba que pedía a Dios con toda mi alma que me doliesen las heridas para merecer su solicitud y su cariño. Pero las manos de las madres tienen algo de milagro o un don especial como los anestésicos para anular los dolores. (Jorge, cautivado por las palabras de Mary, se ha sentado y la escucha con interés al mismo tiempo que calándose el monóculo la examina con complacencia de piés a cabeza.) ¿Y sus besos? Cuando me creía en peligro, me besaba transida de dolor, reprimiendo los sollozos. Sus labios quemaban. Al desaparecer toda gravedad, me besaba estrujándome como si quisiera transmitirme su alma entera o beberse toda la mía. Y rompíamos las dos a llorar. A llorar de alegría. Ella por no haberme perdido. Yo por haberla recobrado. Estos veinte días de enfermedad me han enseñado que el dolor y la dicha están tan próximos que se confunden. ¿Qué cariño puede apreciarse en lo que vale si no estamos a punto de perderle? ¿Qué felicidad puede existir en un amor si no hemos vertido por él muchas lágrimas?

JORGE ¡Qué impresiones más interesantes!

MARY Es usted demasiado amable. Mis impresiones son niñerías desprovistas de todo interés.

JORGE Todo lo contrario. Le ruego a usted que siga. Me encanta oirla. (Aparta el búcaro para ver mejor a Mary.)

MARY ¿De veras?

JORGE Nada tan seductor como estas psicologías del alma de una niña.

MARY Es que usted no quiere hacer estudios psicológicos del alma de una niña, sino que trata de escudriñar los rincones del pensamiento de una mujercita.

JORGE ¿Por qué dice usted eso?

MARY Porque ha entrado tuteándome y sin fijarse apenas en mí, considerándome como niña e incoscientemente ha pasado a rendir el tributo del usted a la señorita.

JORGE ¡Oh, efectivamente!... Tiene usted razón. (*Cambia de postura buscando de nuevo el amparo de la sombra del ramo. Mary retira el búcaro para ver la cara de Jorge.*) Pues bien, confieso que he sido tope al dar tratamiento de niña a la señorita, e indiscreto, inconscientemente indiscreto, al considerar como niña a la que daba tratamiento de señorita. Pido a usted mil perdones.

MARY (*Tendiéndole graciosamente la mano.*) Es demasiado rendimiento para tan poco pecado.

JORGE ¿Me ofrece la mano la niña o la señorita? Lo pregunto porque no sé si debo besarla.

MARY La niña le hubiese ofrecido la frente.

JORGE (*Besándole la mano.*) Es usted un prodigio de sutilezas. Sellemos el tratado de paz, pues no quiero tener enemiga tan temible y encantadora.

MARY Poco puede temer las sutilezas de una colegiala un diplomático tan avezado.

JORGE No lo crea usted. Yo nunca negociaría tranquilo si tuviera que conversar con un diplomático con faldas. La nación que hiciese femenino su cuerpo diplomático, sería dueña de los destinos del mundo.

MARY Tal vez; pero en las oposiciones al cuerpo tendría que ser el mayor mérito el cuerpo de las opositoras.

JORGE Muy ingenioso y muy cierto.

MARY Por lo tanto, el triunfo no sería debido a la astucia de las mujeres sino a la debilidad de los hombres. Cleopatra y Judit ¿vencieron por su talento o por su belleza?

JORGE De vez en vez me voy asombrando más de que la colegiala que conocí desmayada en

brazos de su ama, sea la señorita toda esprit que tengo delante. ¡Qué transformación tan rápida y tan completa!

MARY — Disculpo su insistencia sobre este punto, reconociendo que efectivamente ha tenido algo de extraordinario. Yo, claro está, no puedo darme cuenta exacta, pero ayer me hizo pensar en esta evolución un detalle insignificante. Me trajeron del convento mi equipo de colegiala. Al verle se me saltaron las lágrimas. Quise ponerme el traje de paseo que hace un mes me sentaba admirablemente. Se me ha quedado estrecho hasta el punto de no poder abrochármelo y corto hasta parecer ridículo. Sin duda, mi alma como mi cuerpo, estaban aprisionados por el traje de colegiala y en cuanto se han visto en libertad han ganado en un mes el retraso que habían sufrido en un año. ¿Quiere usted fumar? Sé que es usted un fumador empedernido y mamá tiene siempre provisión de cigarrillos. (Le ofrece una cajita de cigarros.) También hay una lamparilla con tal de que usted la encienda primero. (Va de un lado a otro con graciosa viveza para colocar junto a Jorge una mesita y en ella la caja de los pitillos, la lamparilla y un cenicero.)

JORGE — (Que ha seguido todos los movimientos de Mary contemplando con avidez las gracias incipientes de su cuerpo.) Efectivamente, es usted una mujercita encantadora.

MARY — ¡Oh, al contrario! He pecado de negligente y tiene usted que perdonarme que le haya tenido sometido durante tan largo rato al suplicio de no fumar.

JORGE — No quiero referirme a las previsiones de la amiguita solícita y hacendosa, sino a los seductores encantos de la señorita.

MARY — ¡Oh, qué fina galantería!

JORGE — Sincera admiración.

MARY — No. Adulador y lisongero como diplomático y como hombre, al ver que la niña se ha convertido en mujercita se apresura a decirle las primeras galanterías seguro de que han de ser para ella las palabras más halagadoras. Sea sincero y diga si me he equivocado.

JORGE — No se ha equivocado usted... No se ha equi-

vocado usted al considerarse bonita y suponer que a mí me lo parecía. ¿Es esa la sinceridad que usted reclamaba?

MARY ¡Oh! ¿Pretende usted leer mis pensamientos, adivinar mis intenciones? Fácil juego, aunque en esta ocasión no haya acertado a ser zahorí un hombre de tanto mundo como usted con una pobre ingenua como yo.

JORGE Una ingenua desconcertante. ¡Qué sorpresa me ha dado la señorita Mariposa! (Comienza a anochecer.)

MARY ¿Quién le ha dicho a usted que me llamaban así?

JORGE Su mamá un día en que creyéndola a usted en grave peligro le daba los más cariñosos nombres.

MARY ¡Pobre mamá! Efectivamente. De pequeñita, la miss me llamaba Mary, y Micaela, tan celosa de mi cariño, por no llamarme Marí como todos ni Mary como la institutriz, a la que odiaba, comenzó a llamarme Mariposa. Y Mariposa seguí siendo hasta que entre en el colegio.

JORGE Y Mariposa le cuadra llamarse ahora mejor que nunca. Crisálida en el colegio, acaba de romper su capullito de seda para nacer al mundo convertida en mariposa.

MARY A tan lindo parrafito sólo le falta añadir que ahora volaré atraída por la luz para abrasarme en ella.

JORGE Nada más cierto. Volará usted hacia la luz, que es el amor, y en él quemará usted sus alas.

MARY ¿Habla el gran psicólogo, el mágico zahorí? Lea, lea en las rayas de mis manos. Escudriñe en el fondo de mis pupilas y dígame mi destino.

JORGE ¿Me dará después la consabida limosnita como a las gitanas?

MARY Depende de la gracia con que sepa pedírmela.

JORGE Lindísima mano.

MARY Pues no me pulo las uñas ni me doy cremas ni tinturas.

JORGE Con unos hoyuelos tan graciosos y una piel tan fresca y fina huelga el polissoir.

MARY Bien. Concedido.

JORGE ¿El qué?

MARY — El beso que va a solicitar como anticipo. Yo también soy zahorí.

JORGE — Se ha equivocado usted.

MARY — ¿De veras?

JORGE — Sí, porque iba a solicitar uno para cada hoyuelo.

MARY — Es usted muy pedigüeño.

JORGE — Como buen nómada. Los nómadas pedimos mucho y a veces robamos lo que nos niegan.

MARY — Vamos, comience sus funciones el palmista.

JORGE — Aquí hay una rayita que dice que la señorita Mariposa tiene un amor.

MARY — Me parece que se confunde usted con un arañazo de mis rosales, que son todos mis amores.

JORGE — ¿Todas?

MARY — Y el amor de mi madre que debe ser esta raya grande, grande...

JORGE — ¿Y amor, amor no hay ninguno?

MARY — Olvida usted que acabo de salir de un convento y no estamos en tiempos de don Juan Tenorio.

JORGE — Pero nunca falta un primito, un hermanito de una compañera...

MARY — ¡Ah! ¿Me cree usted a mí capaz de jugar a los novios con un chiquillo como una niña sin juicio?

JORGE — ¿No?... Entonces... ¿Su ideal?..

MARY — Un amor... No sé explicarme... No sé tampoco decir cuál es mi ideal... Mi sensaciones son imprecisas. Mis sentimientos confusos... El amor me parece una cosa grande, misteriosa... Algo así como los misterios de nuestra religión. Debe ser una cosa muy hermosa y muy horrible al mismo tiempo. Algo tal vez que se desea y que se teme... No sé. (A quemaropa.) ¿Quiere usted decirme lo que es el amor?

JORGE — ¿Que le diga lo que es el amor?... El amor es... ¿Cómo definir lo indefinible? El amor es el sentimiento más grande de la vida, tal vez la vida misma. Es adorar a una persona con tal pasión, con tal fuego, que nuestros deseos se sobrepongan a todo raciocinio. Es... Pero ¿no se estará usted burlando de mí, Mary?

MARY — ¿Burlarme?

JORGE Sí. ¿Es posible que la señorita Mariposa, que antes me asombraba con sus sutilezas, con sus agudas frases, vuelva a ser la ingenua que no sabe lo que es amor?

MARY ¿No ha oído usted a un ciego hablar del día y de la noche, de la luz y los colores? No ha visto nunca, y, sin embargo, para hablar con los que ven tiene que expresarse en el supuesto de que ha visto. Yo en amor, como el ciego en la luz, tengo que repetir palabras y conceptos que he oído o que he leído, pero que me resultan tan incomprensibles como para él la escala de los colores.

JORGE ¡Qué felicidad si fuese cierta esa divina ignorancia!

MARY ¿Por qué lo duda? ¿Por qué puede alegrarle tanto mi ignorancia?

JORGE Porque quisiera ser yo el que la enseñase a amar, el que fuese levantando poco a poco la cortina que vela ese misterio tan hermoso...

MARY Eso le pido.

JORGE Es que el amor no se aprende sino amando. Muy bien decía usted antes que es imposible con palabras hacer comprender a un ciego las grandezas de la luz. Necesita ver para comprenderlas y usted necesita amar para saber lo que es amor.

MARY Entonces, ¿usted tendría que amarme?

JORGE Y usted amarme a mí. (Pausa. Mary, victoriosa, finge una gran turbación. Guarda silencio y con gran cuidado cuenta los hilos del borlón de un cojín, y sin distraerse de tan interesante faena observa con el rabillo del ojo a Jorge. El se muestra indeciso. Hay una lucha entre su pudor y sus pasiones. Una pugna entre su audacia y su recelo. Enciende el cigarrillo que se ha apagado entre sus dedos y le deja inmediatamente en el cenicero. Por dos veces se decide a seguir hablando, pero se arrepiente antes de pronunciar la primera palabra y se limita a contemplar a Mary con avidez.) La lectura de novelas románticas tal vez le haga forjarse un falso concepto del amor. ¿Qué heroína quisiera usted ser? ¿Qué personaje desearía usted que fuese yo, que fuese el hombre que la amase? (Mary, que se muestra inquieta desde que Jorge comienza a hablar de las lecturas, mirando la pila de libros de junto al diván, apenas puede reprimir un grito de sobresalto

al ver que él se dirige resueltamente hacia los libros buscando afanoso un título conocido, enrojece y se turba. Jorge lee con asombro la primera cubierta y rápidamente examina otras varias. Alza la vista y fija la mirada en Mary con extrañeza no desprovista de complacencia.) *Madame Bovary... Claudina... Las ingenuas...* ¡El ingenuo he sido yo creyendo que sus autores eran los grandes idealistas del amor cuando usted sueña con los tan poco románticos héroes de Flaubert, Willy, Trigo y Maupassant!... ¡Cómo se ha burlado de mí la señorita Mariposa!

MARY (Reponiéndose.) ¿Y por qué he de burlarme? Puedo haber leído por curiosidad esos libros que me trajeron mis amigas y no saber lo que es el amor.

JORGE Pero la curiosidad que usted siente es bien distinta de la que yo creí que sentía. Es usted la niña moderna, la deliciosa Claudina que acaba de escaparse del colegio. La ingenua exquisita, mezcla de candor y perversidades... Sí; yo seré tu maestro, tu iniciador... (Jorge se exalta. La lujuria brilla en sus ojos. Mary, sorprendida, asustada por el repentino e inesperado cambio, huye de él.) Comenzaremos por la primera lección. El beso...

MARY ¡Por Dios! ¿Por qué me mira usted así? ¿Por qué vuelve a tutearme? ¡Déjeme, déjeme! (Huye siempre, perseguida por Jorge, hombre avezado en estas lides, su pasión dominante, que le hace olvidarse de toda dignidad y de toda prudencia.)

JORGE Ven, tonta, ven. También yo me sé de memoria tus libros y te enseñaré a vivirlos. (Intenta sujetar a Mary. Ella, cada vez más amedrentada, corre por entre los muebles. Ha oscurecido.)

MARY ¡No! ¡Me da usted miedo! ¡Mamá! ¡Socorro! (Toca el timbre. Intenta escapar por la derecha. Jorge la corta el paso. Ella corre hacia la izquierda y llega a ella a tiempo en que aparece su madre, en cuyos brazos se refugia.) ¡¡Mamá!!

SUS. ¿Qué te pasa, hija mía? (Enciende la luz.)

MARY ¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!... ¡Me da miedo! Me perseguía...

SUS. ¡Jorge!... ¡Caballero!... (Jorge se ha repuesto. Se da cuenta exacta de su situación y abrumado guarda silencio.) Tranquilízate, hija mía. Hable usted, caballero. Explíquese.

JORGE ¿Para qué? Sería poco galante y poco piado-

so... No sé si debo pedir perdón u otorgarle. De todos modos, sería perfectamente inútil una explicación. A los piés de ustedes. (*Se inclina y hace mutis rápidamente.*)

SUS. Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado?

MARY No sé. Ese hombre comenzó tratándome con mucha galantería, con exquisita amabilidad. De pronto me preguntó si tenía novio. Comenzó a hablarme de amor, y, de repente, se transfiguró. Sus ojos miraban de un modo que daba miedo. Me perseguía... Me tuteaba... Tuve miedo... (*Susana rompe a llorar.*) No llores, mamá, no llores. No ha sido nada. Ya se me ha pasado. Ese hombre debe estar loco. (*Enterneciéndose sinceramente y terminando por llorar también, abraza a su madre a la que prodiga mil caricias.*) Si está loco o si es una mala persona no le recibas más. Cuanta menos gente tratemos, mejor. Viviremos las dos juntitas, muy unidas, como dos hermanitas; contándonos todos nuestros secretillos, todas nuestras impresiones. Dando envidia al mundo con nuestra felicidad. Yo viviré solo para ti y siempre para ti. Siempre, mamá, mamaíta; mamaíta guapa, mamaíta querida. ¿No serás tú muy feliz con mi cariño?

SUS. Sí, hija, sí. ¡Tu cariño, solo tu cariño!

MARY (*Feliz, radiante. Llorando de alegría.*) ¡Y tú solo el mío! ¡Siempre solo el mío!

(*El telón ha ido cayendo lentamente.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Un trozo de jardín en la finca que en un pueblo castellano posee Susana.

En el centro de la escena, y ocupándola casi totalmente, un cenador con puerta muy grande en el foro, dando frente al público, y otras laterales. Macetas en el exterior. Enredaderas y ramaje cubriendo todo el enrejado del cenador. Dentro, mesas y sillas rústicas o de mimbre.

En caso de haber alguna dificultad para montar este cenador, que ha de ser el centro de toda la acción, se puede sustituir por una plazoleta con tiestos, arriates bien cuidados y mesa y sillas rústicas o de mimbre.

El acceso desde el exterior a la finca es por la derecha. La casa está hacia la izquierda, pero no ha de verse.

La acción comienza en las primeras horas de la mañana. Verano.

—

(JUAN aparece, en maugas de camisa, en el centro de la escena. Sostiene una manga de riego que apunta hacia la izquierda, dejando caer menuda lluvia de agua en forma que pueda se recogida entre cajas. Canturrea un aire popular. Después aparece LORENZO por la derecha. Juan cierra la llave de la manga y con ella llena luego una regadera. Mientras habla con Lorenzo desenchufa la manga y con la regadera refresca las macetas.)

LOR. Hola, Juan.

JUAN Güenos días, Lorenzo. ¿Cómo tú por aquí? ¿No te habías ido a Torrenueva?

LOR. No he estao más que ocho días... Nada, hombre, no se puede hacer nada.

JUAN Igual volviste diciendo de Navarreonda.

Desde que has venío de América te pasas la vida recorriendo los pueblos en busca de trabajo y de tós vuelves diciendo que no se pué hacer ná.

LOR. Como que toda España está perdida. Este es un país en que el hombre tiene que trabajar como una bestia para comer como una bestia y para que le traten como una bestia.

JUAN Eso si es verdá.

LOR. ¿Anda por ahí la Micaela?

JUAN En la huerta la ví en denantes.

LOR. Quiero hablar con ella.

JUAN ¿Que la quiés hablar?

LOR. Sí, hombre. Desde que me fuí a América y ella se marchó a Madrid no la he vuelto a ver, y como ella no baja por el pueblo...

JUAN Es verdá, que tú tuviste que ver con ella...

LOR. Oye, me han dicho que en todo el tiempo ha estao en la casa ..

JUAN Fué a criar a lo señorita y allí se quedó.

LOR. Me han dicho también que tiene dinero...

JUAN Figúrate, en tantos años y con los regalos que la hacen...

LOR. Pues anda, llámala.

JUAN Güeno, hombre. (Vase por la izquierda.)

(Corta pausa. Lorenzo se sienta en una butaca.)

MIC. (Dentro aún.) ¿Qué Lorenzo? ¿El de los Palomares? ¿Y qué me quiere a mí?

JUAN No sé. Aquí le tienes.

LOR. ¡Micaela!... ¿No me conoces? ¡Deja que te dé un abrazo y llore sobre tu pecho. (Ella le rechaza con frialdad.) ¿Es que no me conoces?

MIC. Sí, hombre. ¡No te he de conocer!... ¿Qué quieres?

LOR. Mujer, me recibes con una frialdad...

(Juan recoge la regadera y la manga y vase por la izquierda sonriendo socarronamente.)

MIC. Hombre, a los dieciocho años de que te marchaste a América dejándome plantá con un crío, te presentas ahora y quieres lo menos que al verte me desmaye de alegría.

LOR. ¡Ay, Micaela, Micaela!... ¡Si tú supieses lo que he sufrido por aquello!... ¡Si tú hubieras podido ver las lágrimas que me ha costado la mala partida que te jugué!

MIC. ¡Me lo decías en todas las cartas!

LOR. No te burles... No te he escrito... Si no te he escrito ha sido...

MIC. Por falta de tiempo.

LOR. No. Por vergüenza, por el mismo remordimiento. Pero créeme que trabajaba y trabajaba pensando en ti, para reunir cuatro cuartos y venir a pedirte perdón.

MIC. ¿Hablas de veras?

LOR. Como el sol que nos alumbra. ¡Era mucho el agobio que yo tenía sobre mí!

MIC. ¿Y en dónde has estao?

LOR. En medio mundo. Primero en Cuba, después me vine a España, y, antes de llegar, me arrepentí y me fuí a Buenos Aires. Trabajar y trabajar como una bestia...

MIC. ¿Y has hecho fortuna?

LOR. Cuatro cuartos... Ya sé que tú también has reunido unos duros...

MIC. Bah, los mismo que tú. ¡Cuatro cuartos!

LOR. Pues nada, mujer, que nos vamos a casar en seguida. Yo tengo que reparar la mancha que dejé caer sobre tu honra. Una vez casados, con tu dinero y el mío juntos, montaremos cualquier negocio, que para algo uno ha viajao y ha visto, y a vivir tranquilos sin trabajar comiéndonos lo que hemos reunido con tanta fatiga. ¿No te parece?

MIC. No está mal. ¿Y qué negocio quieres emprender?

LOR. Pues según lo que tengas... Yo había pensao poner una taberna en el pueblo.

MIC. No; eso no. A mí el olor del vino me marea.

LOR. Pues otras cosas hay... ¿Qué dinero tienes tú?

MIC. Una cartilla completa en el Monte, unas cuatro mil pesetas que me guarda la señora y algunas cosillas... Claro que no he podido reunir lo que tú que has estao en América, pero...

LOR. Nada, nada, que tenemos bastante.

MIC. ¿Para qué?

LOR. Para cualquier cosa. Diez mil pesetas dan mucho de sí bien manejadas.

MIC. Mira, yo no soy interesada, pero quisiera saber qué tienes tú.

LOR. Cuatro cuartos, ya te lo he dicho. América está perdida. El hombre tiene que trabajar como una bestia para...

MIC. Pero, bueno, ¿cuánto son esos cuatro cuartos?

LOR. Nada, ¿sabes? América está perdida...

MIC. No seas modesto y dímelo. ¿Diez mil pesos?

LOR. Menos, menos.

MIC. ¿Cinco mil?

LOR. Menos.

MIC. ¿Mil pesetas?

LOR. Menos.

MIC. Vamos, ¿catorce reales?

LOR. Un poco mas. Traje bastante, pero como aquí todo está muy malo...

MIC. ¿Y con eso piensas montar un negocio?

LOR. Mujer, con lo tuyo y con la experiencia que yo tengo.

MIC. Experiencia tengo yo mucha más que tú, sin haber ido a buscarla tan lejos.

LOR. ¡Ah! ¿De modo que todavía de que yo vengo?...

MIC. Has perdío la mañana.

LOR. ¿Hablas en serio?

MIC. ¿No me ves la cara?

LOR. ¿Vengo a repará tu honra y me rechazas?

MIC. Mis cuarenta mil reales me los sé comer yo sin ayudas de nadie.

LOR. ¡Ah, vamos! Es que tú crees que a mí me guía el interés.

MIC. No, ya sé que eres un romántico. Pero no quiero que te sacrifiques.

LOR. ¡Pues me sacrificaré!... Ya te he dicho que me he pasao diez y ocho años comido por los remordimientos y despreciando mujeres, con las que me hubiese hecho rico... Me casaré contigo, te daré mi nombre. Repararé tu deshonra y no admitiré ni un céntimo tuyo. Lo que se dice ni un céntimo. ¡Así soy yo de noble! Para que aprendas.

MIC. Mira, lo mismo si hablas mirándote la conciencia, que si hablas mirando a mi bolsillo, yo te debo contestar con la verdá y la nobleza. No quiero que te sacrifiques... Cuando tú me dejaste abandoná, alguien se compadeció de mí, hasta que entré en esta casa... y después, como una era joven y tenía por lo menos buenas carnes...

LOR. ¡Basta! No me digas más... Si me hubieses ocultao todo eso jamás te hubiera perdonao; pero desde el momento en que tienes la nobleza de confesarlo... ¡Como si no hubiese ocurrido! Yo soy así.

MIC. Sí. Ya sé, ya sé lo que eres.

LOR. Yo fuí el culpable de tu deshonor, yo fuí el primero, yo debo reparar la falta.

MIC. ¡Qué ilusiones se forjan los hombres!

LOR. ¿Qué dices?

MIC. Que para pasar el rato ya hemos hablado bastante, y que tengo mucho que hacer.

LOR. ¡Ah! ¿Pero es que prefieres vivir deshonrada a que yo te dé mi nombre?

MIC. ¡Sin honra he vivido diez y ocho años! ¡Figúrate para qué la voy a necesitar ahora que voy siendo vieja!

LOR. ¡Qué idea de la dignidad tenéis las mujeres!

MIC. ¡Pues mira que la que tenéis los hombres!...

LOR. No sabes apreciar el valor de lo que quiero hacer.

MIC. ¿El valor de lo que quieres hacer? ¡Cuarenta mil reales! Pero aparte de esto, aunque vinieras con el corazón en la mano, yo creo que de haber eso que llaman honra y deshonra, el deshonrao serías tú, que me dejaste como un canalla. Y al volver arrepentido a darme lo que me quitaste, te honrarías tú y no yo con tan noble acción.

LOR. ¡Está bien, mujer, está bien!

MIC. ¡Ya lo creo que está bien!

LOR. ¡Mira que haber venío yo desde América para esto!...

MIC. ¡Hombre, si hubieses venido hace unos cuantos años, cuando aún tendrías buen ver y yo la sangre propensa a viruelas, puede que no hubieses perdido el viaje; pero a estas alturas, la que está para buscar gangas soy yo...

LOR. Pues queda con Dios, hija, queda con Dios.

MIC. Que Él te acompañe... Y gracias por haberte acordao de mí.

LOR. (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Lo que son las mujeres!

MIC. (Viéndole desaparecer.) ¡Lo que son los hombres!... Y el caso es que se conserva bastante guapo el muy ladrón...

MARY (Por la izquierda. Trae en la mano dos tomos encuadernados en tela, que deja sobre el velador.) ¿Dónde te metes, Mica?

MIC. Fuí a tu cuarto; pero ya habías salido.

MARY Estaba con mamá. ¿Has ido a eso?

MIC. ¿No había de ir mandándomelo tú? (Rebusca en la faltriquera, en la que le suenan varios duros.)

MARY ¡Qué rica estás!

MIC. Gajes del oficio. (Da una carta a Mary, y ésta la lee con vehemente rapidez.) ¡Lástima que los galanes de ahora no tengan costumbre de dar bolsas enteras como en los tiempos de Don Juan Tenorio!...

MARY (Que ha terminado de leer la carta.) ¡Se marcha!... ¡Dios mío, eso es imposible!... ¡Marcharse cuando acabamos de conocernos!... ¡Cuando sólo hemos podido hablar unás cuantas veces! ¡Ay, Mica, Mica, qué desgraciada soy! (Vuelve a leer la carta.) ¡Que a todo trance quiere verme!.

MIC. Quiere hablar contigo, pues ha venido su padre y se va con él por la tarde.

MARY ¿Y tú qué le dijiste?

MIC. Que no. Pero él insistió, insistió. (Instintivamente se palpa el bolsillo.) Me dijo tantas cosas y me dió tanta lástima, que le contesté que por la mañana no te dejaban salir a caballo, y que no podrías ir hasta la cerca; peró que podía venir aquí, entrando por la puerta grande, mientras tu mamá ajustaba las cuentas con el administrador, que tiene que venir hoy.

MARY No, no. Me da miedo.

MIC. Eso ya lo sabía yo... Bueno, pues con decirle que no.. (Medio mutis.)

MARY No, eso tampoco.

MIC. También lo sabía yo. (Inicia de nuevo el mutis.)

MARY Pero, ¿qué vas a hacer?

MIC. Llamarle, niña, llamarle. Como sé que en eso vamos a venir a parar, ¿para qué perder el tiempo?

MARY Espera, mamá está aún arriba... ¡Ay, Mica!... ¡Sabe Dios cuándo volveré a verle!... ¡Si le veo!..

MIC. ¿Tanto le quieres?

MARY Con toda mi alma, Mica; con toda mi alma... Mira, de pensar solo que voy a verle, estoy temblando; parece que voy a ahogarme, que el corazón se me va a salir del pecho.

MIC. (Entredientes.) ¡Y pensar que por el sinvergüenza ese me pasaba a mí lo mismo hace veinte años!...

MARY ¿Qué decías?

MIC. Que voy a llamarle. Pero ten cuidado no sea que a tu madre se le ocurra salir. (Vase por la derecha, saca el pañuelo y vuelve.) Ya me ha visto y viene.

MARY ¡Ah!

MIC. Si te siseo, que se vaya corriendo. Aquí estoy.

MARY Sí. (Vase Micaela por la izquierda. Mary, emocionada, e impaciente, espera a RODOLFO, que entra por la derecha.)

ROD. (Simpático y guapo mozo, de diez y ocho años. Viste uniforme de diario de la Academia de Caballería.) ¡Mary!

MARY ¡Rodolfo!

ROD. ¿Has leído mi carta?

MARY Pero, ¿es cierto que te marchas hoy?

ROD. Sí, Mary. Esta tarde.

MARY ¡Ah!.. ¿No será una broma tuya?

ROD. ¡Por Dios, chiquilla!

MARY Como me dijiste ayer que tenías que someterme a una prueba para saber si te quería...

LOR. Deseaba oir tus protestas; pero no dudaba de tu cariño.

MARY ¿Y por qué no me hablaste ayer de ese viaje?

ROD. Nada sabía. Mi padre llegó esta mañana de improviso. Llamó a don Melquiades, el médico, y como yo esperaba, el buen señor le dijo que me encontraba perfectamente bien y que podía volver a Valladolid.

MARY Haber dicho que no estabas bueno. Que no querías irte...

ROD. Sé razonable. Sólo tuve una calenturilla y algún cansancio por haber estudiado mucho para los exámenes. Mi padre acababa de comprar esta finca junto a la tuya, y a mi abuelita se le ocurrió que un mes de vaciones en el campo me sentarían admirablemente. Yo, que no podía suponer que aquí iba a encontrar a una feísima como tú, me disgusté mucho, porque pensaba pasar las vacaciones con mis compañeros de Madrid, con mi padre, y hasta hace ocho días escribía continuamente diciendo que estaba bueno y harto de campo.

MARY ¡Ay, Rodolfo, qué desgraciados somos!

ROD. ¿Por qué? Yo me siento feliz, muy feliz. Me

parece que ha empezado para mí una vida nueva. Me siento lleno de impulsos, de energías... Valladolid va a ser pequeño para encerrar mi felicidad.

MARY — Porque no me quieres como yo te quiero.

ROD. — ¡Más aún!

MARY — No. Me quieres, sí; pero de otro modo distinto. Yo soy feliz, muy feliz, pero al mismo tiempo sufro. Despierto con un suspiro que me llena el pecho de felicidad, y en seguida pienso en ti y sufro, y lloro... ¡Figúrate lo que será ahora!

ROD. — ¿Acaso dudas de mí? ¿Temes por nuestro cariño?

MARY — ¡Eso nunca! Es el mío tan grande que no puedo concebir que deje de corresponderle el tuyo.

ROD. — No te comprendo.

MARY — ¡Como que no me comprendo yo misma!

ROD. — Eres una romántica. Pero una romántica adorable.

MARY — No lo sé tampoco. En efecto, ahora, poco antes de conocerte, tal vez porque te presentía, mis autores favoritos son los grandes románticos. Llego hasta a aprender de memoria sus versos, y los recito con una emoción inefable. Pero al mismo tiempo analizo la psicología de las heroínas de estas novelas y veo que ninguna siente como yo. No llego a ellas o ellas no llegan a mí.

ROD. — ¿Y para qué piensas en novelas, en versos y en artificios cuando tienes a tu alcance la realidad, la vida? ¡Y es tan hermosa la vida! ¡Me parece a mí tan hermosa desde que te conozco!

MARY — ¿Ves? Esa es la diferencia entre nuestro modo de querer. En ti todo es vida, entusiasmo, alegría, expansión. En mí todo es recogimiento, concentracion, exaltación si quieres, pues si alguna vez encuentro eco en mis sentimientos, es en los vehementes misticismos de Santa Teresa. Yo te quiero como la santa hubiera podido amar a un hombre. Desearía hacer humano lo divino.

ROD. — Tal vez ella pensó y sintió como tú y quiso hacer divino lo humano... Pero dejemos esto, y dime que me escribirás todos los días y que sólo pensarás en mí.

MARY ¡Oh, de eso puedes estar bien seguro!
ROD. ¿Seguirás siendo mi esclavita, como tú dices?
MARY Lo digo porque, en efecto, es mi mayor gozo ser sumisa a tu voluntad, esclava de tus deseos, cautiva de tus pensamientos...
ROD. ¡Eres adorable! (Besa las manos de Mary, que tiene entre las suyas.)
(MICAELA aparece por la izquierda tosiendo pertinazmente.)
MARY ¡Por Dios, Rodolfo!
ROD. ¿Vienen?
MIC. No; pero las despedidas deben ser breves.
MARY Espera un poco.
MIC. No, no. Tu mamá va a salir de un momento a otro. Ya ha terminado de despachar con el administrador.
ROD. Me voy. Vamos a decirnos adiós muy serios y muy formalitos, sin lágrimas ni suspiros. Como si nos despidiésemos hasta la tarde.
MARY ... Bueno.
ROD. ¿De verdad?
MARY De verdad.
ROD. A ver, mírame a los ojos.
MARY Te miro.
ROD. ¡Firme!... ¡Valiente!...
MARY ¡Tonto!
ROD. (Cogiéndole las manos.) Adiós.
MARY Adiós... Vete.
ROD. Déjame ir.
MARY Adiós.
(Micaela, que mira con gran complacencia la escena, movida a piedad por las miradas de Rodolfo, que se consume al ver que no aparta los ojos de ellos, se vuelve de espaldas con mal simulado pretexto, y Rodolfo se apresura a besar las manos de Mary.)
ROD. Adiós, adiós, adiós. (Vase por la derecha. Mary permanece un momento saludándole con el pañuelo, y de pronto pierde todas sus aparentes energías y corre hacia Micaela para refugiarse en sus brazos sollozando.)
MIC. No llores tú, Mariposa mía. No llores tú, que él volverá... Y si no vuelve, otro vendrá.
MARY No, Micaela, no. Si no volviese, yo me moriría. (Micaela sonríe.) ¡No sabes tú como le quiero!
MIC. Que viene tu mamá. Serénate.
MARY (Se enjuga las lágrimas y procura reponerse.) No te vayas, Mica, que estoy que podría ahogárseme con un cabello, y temo que mamá...

MIC. ¡Calla!

SUS. (Por la izquierda.) ¿Qué haces aquí, hija mía?

MIC. Me estaba contando la niña una historia que ha leído anoche tan bonita, que no pudo dormirse hasta que la acabó.

SUS. Pues esta noche tampoco vamos a poder dormir.

MIC. ¿No?

SUS. Porque son las once y todavía no has puesto mano en nuestras habitaciones. No sé en qué te se va el tiempo.

MARY La he entretenido yo, mamá.

SUS. Pero, ¿qué tienes, hija mía? ¿Has llorado?

MIC. Que se ha conmovido con la historia. ¿No le digo a usted?

SUS. ¿Y no te he dicho yo que vayas a arreglar la alcoba? (Micaela vase por la izquierda, hablando entre dientes.) ¿Te sucede algo, Mary?

MARY No, mamá. No tengo nada.

SUS. ¡Ay, hija mía; parece que Dios me ha castigado por no haber sido antes todo lo atenta que debe ser una madre, pues ahora te quiero de tal modo y con tal celo, que todo me intranquiliza, me causa zozobra...

MARY (Echándose en sus brazos.) ¡Qué buena eres, mamá!

SUS. ¿Vas a estar aquí?

MARY Iba a leer. Pero, ¿no te quedas conmigo?

SUS. Voy a arreglarme un poco. El administrador me ha anunciado la visita del nuevo propietario de la finca de al lado.

MARY (Emocionada.) ¿Del nuevo propietario?

SUS. Sí. ¿Qué te extraña? Creo que es un señor de Valladolid o de Madrid, no ha sabido aclarármelo Pepe, que ha venido por unas horas para conocer la finca.

MARY ¿Y qué objeto tiene su visita?

SUS. Seguramente querrá tratar de la tapia que separa las posesiones, que tanto disgusto nos dió con el otro propietario. Pero, ¿qué tienes, hija? Te encuentro triste, preocupada...

MARY Nada, mamá. No tengo nada. Anda, vé a arreglarte. Yo me quedo aquí leyendo a la sombra y luego iré a cortar flores para adornar la mesa.

SUS. Como tú quieras. (La besa y se va por la izquierda.)

(Mary se acomoda en una butaca y se dispone a leer;

pero apenas abre el libro le deja caer sobre las rodillas y se abstrae en sus pensamientos. Corta pausa.) (JORGE aparece por la derecha. Llega sin ser visto de Mary y permanece un instante contemplándola.)

JORGE — Señorita...

MARY — ¡Ah!...

JORGE — Perdón. ¿La he asustado?

MARY — No... Es que como no esperaba... No podía suponer...

JORGE — Efectivamente. Es un poco extraño que al cabo de dos meses de no vernos y cuando nuestra única entrevista se interrumpió de modo tan lamentable surja ante usted de improviso y aquí... Con una sola palabra le aclararé el misterio. Soy el propietario de la finca de al lado.

MARY — ¿Usted?

JORGE — También comprendo esa nueva sorpresa. (Mary, ruborosa. emocionada, guarda silencio y no se atreve a sostener la mirada de Jorge.) Debo a su mamá, y a usted también, algunas explicaciones y por eso he solicitado ser recibido.

MARY — ¿Quiere usted que llame a mamá?

JORGE — Si me concediese usted antes unos minutos... (Mary hace una leve inclinación de cabeza.) Gracias... Muy enojoso es para mí hablar de aquella tarde en que la conocí; pero es preciso que aclare una situación equívoca y obtenga su perdón.

MARY — No. Soy yo la que necesita explicarse y la que muy arrepentida solicita su perdón.

JORGE — ¿Usted? Veamos, veamos con qué nuevas sutilezas piensa envolverme la señorita Mariposa.

MARY — Le suplico que me crea sincera. Voy a hablarle con toda mi alma, deseando que usted lea enteros mis pensamientos. Es la única forma de que usted, comprendiéndome, se incline a la indulgencía.

JORGE — Tiene usted el don de cautivar con sus palabras. Ya me tiene usted interesadísimo, pendiente de sus labios y propicio a las mayores benevolencias, aunque creo que usted solo tiene una cosa que hacerse perdonar, su hermosura y esa seducción de que le hablo.

MARY — Le suplico también que deseche toda ga-

lantería. Dentro de la indulgencia, quisiera en usted cierta severidad.

JORGE — La paradoja me indica que sus pecados no son muy graves.

MARY — Sí, lo son... Yo le odiaba a usted con toda mi alma...

JORGE — ¿Me odiaba usted? ¿De cuándo a cuándo abarca el pretérito?

MARY — Desde antes de conocerle hasta hace muy poco tiempo.

JORGE — ¡Ah! ¿Y cuáles eran las causas de ese odio?

MARY — Un ciego egoísmo. Estaba ansiosa del cariño de mi madre, creía que usted venía a robármele, yo le quería para mí sola y me propuse recurrir a todos los medios para impedir...

JORGE — Que yo fuese su padre político...

MARY — ... Estúpidamente coqueta, conté con mis pobres encantos... Envanecida por elogios de colegio, me creí con más talento que Merlín, y el resultado de mi necedad y mi travesura...

JORCE — Fué la victoria más completa. La batalla no pudo ser ni más breve ni más decisiva... ¿Y qué quiere usted hacerse perdonar? ¿El triunfo?

MARY — No, mi mala intención, mi innoble proceder. El dolor que he causado a mi madre y el agravio que le he inferido a usted.

JORGE — ¿Quiere evitarse los rubores del resto de la confesión, pues confesión va pareciendo nuestra entrevista?

MARY — Precisamente me complace. Le he dicho que quiero que lea usted hasta el fondo de mi pensamiento.

JORGE — ¿Y necesita usted hablar para eso? Parodiando al poeta de las grandes amarguras, le diré a usted que para un hombre como yo, una niña siempre tiene el pecho de cristal. ¿Qué va usted a decirme de sus errores tan disculpables al lado de los míos? Usted soñaba con llenar toda su alma con el cariño de su madre, ignorando que había otro amor más imperioso ante el que, egoistas, lo sacrificamos todo. Es inútil querer ir contra las leyes inmutables de la vida. Ni usted, en los albores de la juventud, con un alma vehemente y exquisita, podía ahogar

en su corazón un amor antes de que naciese, ni su madre podía exigir tal holocausto ni yo emular a Fausto en estos tiempos en que el diablo se ha retirado de la compra de almas, arruinado por los malos negocios. ¿Qué quiere usted, que yo le perdone, cuando todos los pecados fueron míos?

MARY — Es usted muy bueno, y por eso tiene tanta indulgencia.

JORGE — Más se inclina a la indulgencia el malo que el bueno. El bueno suele tener el orgullo de su virtud. El malo comprende el pecado y para perdonar hay que comprender. Pero en este caso no se necesita indulgencia, porque no hubo pecado.

MARY — Sí, sí. Lo sé muy bien... Y no sé lo que haría para borrarle...

JORGE — Ama, hija mía; ya ves que vuelvo a tutearte, ama; que si la Magdalena se redimió de tan grandes pecados merced al amor, ¡que no conseguirás tú!... ¿Lloras?... ¡Benditas lágrimas las que se vierten a tu edad! Son como la lluvia en mayo; en cambio, las que pugnan por salir a mis ojos son tan estériles como los goterones de una tempestad sobre el campo segado. (Pausa. Mary sigue llorando.) Pero basta ya. (Cariñosamente la aparta la mano del rostro.)

MARY — ¡Qué bueno es usted y qué mal le juzgaba yo!

JORGE — ¡Pobre ángel! (Se inclina y la besa en la frente.) Serénate. Viene tu mamá.

SUS. — (Entra precipitadamente.) ¡Jorge!... ¡Hija mía!

JORGE — Tranquilícese usted, Susana.

MARY — ¡Mamá! (La abraza.)

SUS. — ¿Qué significa esto? ¡Explíquese usted, caballero.

JORGE — Sí, hoy puedo explicarme; pero, por favor, cálmese usted.

SUS. — ¿Lloras, hija mía?

JORGE — Y yo casi lloro también. Las suyas son lágrimas de felicidad, las mías son más amargas...

MARY — Es muy bueno, mamá, es muy bueno...

SUS. — Necesito que me explique usted...

JORGE — No deseo otra cosa.

SUS. — ¿Cómo se encuentra usted aquí?

JORGE — ¿No le han anunciado mi visita? Soy el propietario de la finca inmediata.

SUS. ¿Es usted el nuevo dueño de la Navilla?

JORGE Me es preciso hacer alguna referencia retrospectiva, contando con su indulgencia. (*Susana se inclina.*) Cuando yo era el mejor de sus amigos y usted me honraba con su confianza la oí lamentarse muchas veces de que esta hermosa finca, herencia de sus mayores y la mejor de su patrimonio, le ocasionase continuos disgustos por culpa de un viejo maniático, dueño de los campos colindantes. El último pretexto era la cerca que había de limitar ambas posesiones. Por dos veces construyó usted la muralla y el tío Pasita la hizo derribar, primero por la violencia y después judicialmente. Al viejo le asistía la razón.

SUS. Como abogado le consulte a usted y me dijo que la razón era mía y que ganaríamos el pleito.

JORGE Como abogado... hacía mi oficio: pero como amigo pensé luego que el modo de no tener pleitos era comprar sus tierras al vecino.

SUS. ¿Y por qué me lo ocultó usted?

JORGE Porque en aquellos tiempos soñaba con un día en que pudiera decirle: «No levante la cerca, derribe lo que hay construído, que las tierras del tío Pasita han entrado a formar parte de su patrimonio... (*Pausa.*) Ahora trataremos de propietario a propietario...

SUS. No, yo no puedo consentir que haya usted hecho un gasto inútil...

JORGE ¡Oh! Por esa parte estoy satisfecho de la compra. El negocio no fué malo, y mi hijo muestra tal entusiasmo por el campo que pienso hacer pasar esta finca a su propiedad particular.

SUS. ¡Ah! ¿Tiene usted un hijo?

JORGE Sí, señora. ¡Cadete de Caballería!... Vive en Valladolid con mis suegros...

SUS. Nunca me había hablado de él.

JORGE Ese nunca a que usted se refiere hace dos meses, usted y yo nos forjábamos la ilusión de que nuestros hijos salían aún a paseo en un cochecito empujado por la niñera. Y nos encontramos sorprendidos, usted viendo salir a Mary del colegio y yo viendo entrar a Rodolfo en la Academia de Caballería... (*Pausa.*)

SUS. (Rompiendo el silencio.) Nos hemos quedado mudos. Se conoce que ha pasado un ángel, según dicen...

JORGE En efecto, ha pasado un ángel de diecisiete años...

SUS. ¿Y hace mucho que está usted aquí?

JORGE Llegué esta mañana para recoger a Rodolfo, que estaba pasando unos días en el campo y para tratar con usted de la forma de deslindar nuestros campos... Pero al recorrer la cerca vi que en la parte derribada por el tío Pasita, precisamente en el punto de la tan discutida servidumbre de paso, se alza un hermoso plátano, en cuya corteza vi con fresca huella trazada una fecha y dos nombres... Mary y Rodolfo...

SUS. ¿Es posible?...

JORGE Esa misma sorpresa, con mezcla de indignación, sentí yo al leerlos; pero la augusta soledad del campo obró como sedante, me hizo reflexionar y pensé en que mucho más justa y más grande hubiese sido la de Rodolfo y Mary si hubiesen encontrado grabados sobre la corteza del árbol su nombre de usted junto al mío... (Pausa.) Perdone usted... Me retiro... Volvere a la tarde para que decidamos si ha de cortarse el árbol para unir la tapia o si hemos de proceder al derribo...

SUS. Discúlpeme usted... La sorpresa ha sido tan grande...

JORGE Mary...

MARY ¡¡Qué bueno es usted!...

JORGE ¿Otra vez?

MARY Es que yo creí que usted ignoraba...

JORGE Eso más resta que añade méritos a mi supuesta bondad... A los piés de ustedes. (Vase.)

SUS. ¡Hija mía, hija mía!

MARY Perdóname, mamá...

SUS. No, Mary, no; nada tengo que perdonarte. Tienes derecho a la felicidad...

MARY Pero tú...

SUS. Yo solo aspiro a ser feliz viviendo en tu felicidad...

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)
Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)
Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)
Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)
El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa (Teatro Cómico.)
La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)
La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)
El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)
La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)
El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano y al portugués.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G del Toro, música del maestro Giménez (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez (Teatro de la Zarzuela.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.)

Precio: DOS pesetas